



¿VOCACION DISTORSIONADA?

Prof. Alfredo Valdés Loma

Como es habitual, nuestra Universidad ofreció en el invierno pasado una Escuela de Temporada para alumnos de 3° y 4° de Enseñanza Media, de modo que sirviera de marco para un "Encuentro con la Universidad", en el que se mostrara a todos los futuros postulantes a ingresar a la etapa de estudios superiores del sistema nacional de educación, el abanico completo de las carreras que la Universidad de Chile ofrece. Para apoyar apropiadamente este propósito se editó una "Guía Académica" y se ofrecieron disertaciones a cargo de profesores de las carreras que integran los departamentos de nuestra corporación. Se abrieron las inscripciones pertinentes y centenas de jóvenes estudiantes de los años mencionados de la enseñanza media concurren a esas clases informativas, dictadas por cuatro profesores por carrera.

Es interesante analizar el grado de interés que despertó la divulgación que, desde un punto de vista general y cuantitativo, hicieron cuatro catedráticos de la Escuela de Periodismo y del Departamento de Ciencias y Técnicas de la Comunicación. Una tabla presentada a los 81 estudiantes asistentes a las exposiciones de nuestros profesores, en la temporada de junio de 1987, señaló que de ellos, 35 anotaron como primera preferencia en su elección, Periodismo; otros 20 señalaron nuestra profesión en segundo lugar.

Las disertaciones de los profesores de Periodismo asumieron un enriquecedor tono de diálogo entre alumnos y profesores, durante el cual surgieron numerosas aristas relacionadas con el concepto que muchos oyentes tenían sobre los límites que definen el campo de la actividad profesional; el contorno del ámbito del aprendizaje del espectro que comprende la comunicación social; variantes de la profesión; influencia de ella en el medio social, etc.

En cada una de las conversaciones con que estas charlas finalizaban, pudo apreciarse claramente que el principal problema que preocupaba a la mayoría de los estudiantes era la dificultad que existe en conjugar la vocación con el desarrollo mismo que el individuo logra dentro del campo del aprendizaje profesional. De esas confrontaciones surgieron algunas conclusiones que trataremos de reproducir a continuación.

Los estudiantes de enseñanza media mostraron una clara comprensión de que el periodismo asume cada vez con mayor intensidad un papel esencial en el desarrollo de la sociedad contemporánea. Ello no sólo por el permanente servicio que presta a las personas para abrir entre ellas, cualquiera que sea su ubicación geográfica, su definición religiosa, política o económica, un diálogo que permita a todos y a cada uno de los habitantes del planeta aproximarse, sino también para compartir afanes y sobrellevar comprensivamente las aflicciones o trances conflictivos que el desarrollo de la comunidad internacional o nacional suele plantear al hombre, o bien para asimilar las transformaciones del mundo. Este enfoque de lo que es el periodismo fue compartido por una notoria mayoría del auditorio. Las continuas preguntas planteadas en cada una de las cuatro exposiciones, coincidieron frente a las diversas especialidades docentes expuestas por nuestros catedráticos: Periodismo informativo, Literatura y periodismo, Periodismo audiovisual, Panorama histórico general del periodismo.

A medida que el diálogo interesó a todos los asistentes, surgieron elementos que mostraron, en varios de ellos, una desorientación en cuanto a apreciaciones de los fines específicos de la carrera.

Para algunos, el factor determinante de su aproximación al periodismo provenía de la convicción de que éste era el medio más

apropiado para realizar sus inclinaciones de escritores o simplemente ensayistas; por ello miraban las páginas de redacción como el marco dentro del cual realizarían, de inmediato, su capacidad literaria. Para otros, el periodismo era la vía determinante que los llevaría a cristalizar sus inquietudes políticas. Algunos miraban, también, la profesión como el trampolín apropiado para cultivar sus afanes de viajar por el mundo.

Estas deformadas concepciones de las tareas fundamentales que debe llenar la comunicación en la sociedad, derivaron en análisis bastante profundos sobre la finalidad esencial de nuestra profesión: informar veraz, oportuna y éticamente.

Los jóvenes estudiantes, en sus enfoques, mostraban en general vocación, pero ésta parecía sufrir deformaciones y equivocadas interpretaciones como resultado de una especie de manipuleo involuntario de los fines de la profesión, resultados de factores provenientes, aun cuando pudiera parecer paradójico, del mismo campo comunicacional.

He aquí algunas consideraciones.

Los medios audiovisuales, en especial la televisión, parecen asumir la responsabilidad más importante en la elaboración de un arquetipo ideal de lo que es el periodismo. La continua y permanente aparición de reporteros en la pantalla chica, dialogando con los más sobresalientes personajes del acontecer nacional e internacional, la destreza profesional con que suelen abordar a esas personas, el grado de consideración con que son escuchados por esos interlocutores y la atención que éstos ponen en responder las preguntas, van creando en quienes aspiran a llegar a nuestra Escuela la idea de que ellos, en cualquier instante, lograrán el mismo nivel de acceso que muestran sólo unos pocos periodistas audiovisuales. Otros, más sofisticados en sus propósitos, consideran que el periodismo les abrirá las puertas de las secciones literarias o editoriales y ahí perfeccionarán sus talentos de escritores, para lo cual les servirán como antecedentes apropiados sus estudios profesionales.

La controversia entre el quehacer literario propiamente tal y la

labor informativa que cumplen esencialmente los periodistas, viene de antiguo. Para algunos, fueron los romanos, al institucionalizar las "actas" como vehículo informativo para dar cuenta de los hechos sobresalientes que ocurrían en la Ciudad Eterna, quienes dieron patente al periodismo, en oposición a la literatura que habría nacido hace unos tres mil años, con Homero u otro literato. Partiendo de esta premisa, se afirma que mientras las páginas de la Iliada siguen cautivando a los lectores, son muy pocos los que, si pueden conseguirlas, se deleitan recorriendo alguna página de las Actas Diurnas.

A medida que avanzó la historia se acentuó la controversia entre literatura y periodismo. Ella quedó muy clara cuando los filósofos de la Enciclopedia desdeñaron al periodista y menospreciaron el periodismo. Aun en la propia Inglaterra, reconocida como una cuna de la libertad de imprenta, en un comienzo nadie pensó que esa libertad extendía su amparo al periodista o al periodismo. A medida que nuestra profesión se afianzó por variadas circunstancias: incesante crecimiento de la demanda de información, perfeccionamiento de la técnica de impresión, desarrollo de los sistemas de comunicación -como telegrafía, radiotelegrafía, corresponsalías, satélites-, los orgullosos filósofos y algunos literatos que sólo elogiaban el libro fueron cambiando. El propio Voltaire comprendió mejor el efecto que en la divulgación de doctrinas y teorías tenían los periódicos. Esta realidad se afianzó, y luego de vivir las conocidas etapas de difusión doctrinaria, formación de la opinión pública, como la veían don Juan Egaña o don Camilo Henríquez, o de vehículos de información o transmisores de relatos noticiosos, como ya habían sido las "Cartas Avissi", la actividad de quienes trabajaban en estos medios fue transformándose de un simple oficio, a la usanza con que tradicionalmente se conoce esta forma de división del trabajo desde la época de las corporaciones, hasta incluir el estudio y conocimiento de varias disciplinas científicas y técnicas que crearon la actual profesión de periodista.

Las múltiples variantes que nuestro quehacer profesional ostenta, y que cada día se diversifican más, determinan una muy clara división entre el cultivo de la literatura y la devoción periodística profesional. Y esto, sin entrar en polémica con el pensamiento de

Borges: "El periodista escribe para el olvido". El célebre escritor rioplatense miraba nuestro afán de todos los días con una óptica atrasada. ¿Quién podría, en el inmediato o lejano futuro, entender todo el estremecimiento de la estructura jurídica y política norteamericana si no recurriera a las páginas de los dos grandes periódicos norteamericanos: "Washington Post" y "New York Times", y reviviera todos los pasajes que derivaron de las denuncias del caso "Watergate"? Para un historiador chileno será mucho más fácil desentrañar los recovecos por los cuales transcurrió la guerra franco-prusiana si lee los admirables despachos que desde Francia enviaba a Chile don Benjamín Vicuña Mackenna. Estos dos ejemplos de devoción y cultivo del periodismo, correspondientes a períodos muy distintos de la Historia, son muestras de cómo la información periodística, si llena las exigencias de calidad, está destinada a perdurar.

En un esclarecedor ensayo, el Prof. Dr. Armando Roa señala: "El periódico no sólo informa, pretende formar una mentalidad o una corriente de opinión y por lo tanto se adhiere, a lo menos en teoría, a ciertos valores: lo importante es que expresa lo sucedido, por escrito, dándole de inmediato verosimilitud absoluta, lo cual no sucede con la radio, la televisión o el testigo directo, que pueden exagerar o minimizar los hechos o dar lugar a malos entendidos, sin que quepa rectificarlos como en el diario, en el cual la noticia puede leerse varias veces; además la palabra hablada pareciera permitir afirmaciones livianas; lo escrito, al quedar testificado para siempre, está obligado a cuidar de la certeza de la información. El diario es más variado, y al mostrar las noticias en su conjunto deja en libertad para hacerse una idea propia de la importancia de lo que ocurre; eligiendo la persona lo de su verdadero interés, no la obliga a atiborrarse de informaciones" (ATENEA, segundo semestre, año 1980, N° 442, Págs. 101-102).

La visión transcrita deslinda con mucha claridad todo lo que el periodismo exige a quienes eligieron esta profesión como su actividad permanente: seriedad, responsabilidad, veracidad y capacidad para transcribir testimonios del acontecer que tengan vigencia futura. En esencia, a nuestro modo de ver, el ilustre catedrático fija de manera muy acertada todos los elementos de que debe estar dotado un periodista, desde el punto de vista subjetivo.

Pero el ejercicio de la profesión es largo y penoso. Para avanzar en ella hay que persistir y conjugar cada día mejor los requisitos señalados y otros que las experiencias tecnológicas van acumulando.

La nombradía de que llegan a disfrutar algunos periodistas en la consideración pública, dicho de otro modo: la fama que provoca su constante permanencia en las columnas de la prensa escrita o en las pantallas de la televisión y en el campo de la radiotelefonía, parece haber generado en los aspirantes a nuestra profesión una idea y una visión distorsionadas de lo que ella implica. Distorsión en la que, hay que reconocerlo, les cabe, involuntariamente, por cierto, bastante responsabilidad a los propios medios. En especial la televisión ha ido forjando en los televidentes la idea de que cualquier individuo, con cierta dosis de arrojo para preguntar y relativa paciencia para cumplir el seguimiento de los hechos, puede ser buen periodista. Ello, naturalmente, si se tiene alguna dosis de "vocación".

Esta es la primera distorsión profesional de la carrera. Otras provienen del concepto equivocado de que el periodismo es la llave maestra que nos abrirá las columnas editoriales o aquellas en las cuales se puede perfeccionar el talento creador de un futuro escritor o un conductor ideológico o un arquitecto de nuevas doctrinas artísticas, económicas o sociales. Es verdad que la pericia para analizar, el uso correcto del léxico, la facilidad para escribir, se perfeccionan con la rutina diaria del periodismo informativo, pero todos esos frutos o realizaciones, que a modo de ejemplo acabamos de mencionar, sólo llegarán "por añadidura", como dice la Biblia, cuando se hayan cumplido etapas largas, muchas veces matizadas de incomprendiones y hasta de frustraciones.

En este campo de la desinformación de la vocación periodística, 1987 fue un año que dio varios ejemplos.

En el año, el país sufrió, entre otras dolorosas pérdidas, las de tres personas de singulares méritos y notables éxitos en los respectivos campos de su actividad: los profesores Amador Neghme, Reinaldo Hamecker y Hernán Olguín. Este último de especial resonancia sentimental para nuestra Escuela, donde ejerció la cátedra y se convirtió en amigo excepcional. Los otros dos, sobresalieron en los

campos de la Medicina y de la Ingeniería, además de la docencia universitaria a la que se vincularon con el aporte de sus méritos extraordinarios. Parece de más recordar todo lo que el médico y el ingeniero hicieron en pro del desarrollo de la salud y de la extensión de la electricidad en todo el país.

Si revisáramos, sin embargo, en alguna hemeroteca todo lo que se publicó respecto de la desaparición de tan sobresalientes profesionales, de su entrega al país, de su devoción académica, llegaríamos a conclusiones paradójicas. En efecto, fuera de alguno que otro artículo o nota necrológica sobre ellos, no hallaríamos mayores ecos.

En cambio, el penoso tránsito de Hernán asumió, en su desenlace, una resonancia extraordinaria y, de seguro, muy justa en relación a lo que él realizó. Pero, ¿es que acaso la obra del médico y del ingeniero no eran acreedoras a por lo menos igual reacción?

En un caso, parece evidente que la fama que adquirió el comunicador social provino, en buena parte, de la imagen que todos nos formamos de su talento, su capacidad y su espíritu de sacrificio, divulgados a través de la TV.

En cambio, en los otros dos, como ellos trabajaron en vertientes que exigen tranquilidad, silencio y casi anonimato, sus obras sólo fueron apreciadas, elogiadas y merecidamente exaltadas por unos pocos.

A nuestro modo de ver, hubo en estos tres casos una desinformación involuntaria de los medios, y un juicio público que no respondió a los méritos de los dos científicos. Ello parece derivar de la conducta unilateral con que sus empeños, su devoción y su talento fueron divulgados.

Parece urgente que este equivocado enfoque de los logros que alcanzan unos pocos comunicadores sea motivo de un análisis en profundidad relacionado con la distorsión de las vocaciones periodísticas de muchos que sólo las tendrían como resultado de la fascinación triunfalista que los propios medios proyectan. El problema es motivo de reflexiones y estudio, porque la

responsabilidad no parece ser unilateral sino multiple ■